

LOS ALIMENTOS POSTERRESTRES

Las más antiguas piezas de cerámica que conocemos son recipientes de arcilla cocida cuya utilidad era doble; como urna fúnebre servían para guardar las cenizas y los huesos de los muertos; como jarra doméstica contenían los alimentos esenciales de los vivos, grano, aceite, vino, harina, sal.

Los utensilios de cerámica son la huella más arcaica de nuestra cultura sedentaria. Los pueblos de cazadores, nómadas y ligeros de equipaje, llevaban sujeto al cuello o a la cintura un saquito de cuero con las cenizas de sus muertos; no precisaban de mayor atadura para la memoria. No almacenaban, no enterraban, no conservaban sino lo mínimo para una vida tan volátil. Se desplazaban como los animales a los que daban caza y a los que deseaban parecerse. Se consideraban familiares extraños, quizás decaídos, menos poderosos pero más astutos que aquellas hermosas bestias.

Los pueblos sedentarios que sucedieron a los cazadores en el dominio de la tierra, abandonaron a los animales y entraron a formar parte de otra familia más abstracta; una familia cósmica e inmortal. Los agricultores ya no fueron hijos del bisonte o del gamo, del mandril o de la cobra, sino de las estrellas, de los ríos, de las palmeras, de la luna fructificadora de vientres femeninos y de las semillas enterradas como vírgenes dormidas que rompen la tierra en busca de luz.

La cerámica nació para recoger esos frutos terrestres, el grano de la espiga, el vino de la uva, el aceite de la oliva, los dátiles de la palmera. Y si la vasija recogía y protegía los alimentos terrestres, ¿cómo no iba a recoger nuestras cenizas?

La arcilla vuelve a la arcilla y el cuerpo que creció vivificado por el vino el grano y el aceite vuelve a sepultarse en la tierra que le alimentó. El muerto se guarda en la urna de arcilla, como el vino, como el aceite, como otra semilla cuyo misterioso renacimiento puede acaecer en una primavera cósmica. Para el agrícola arador de hondos surcos, también el muerto era un alimento terrestre.

Han pasado seis mil años. Nadie puede jurar que no se haya producido una regresión y seamos, de nuevo, un pueblo de cazadores. Sin duda, ya no estamos unidos a las estrellas y a la luna. Ahora podemos fructificar los vientres femeninos en laboratorio, con esperma congelado.

Los alimentos terrestres crecen ahora impregnados de productos químicos y la tierra la labran las máquinas. Hay uvas en diciembre, las ciudades no conocen la noche, gaviotas mochales siguen a los tractores, y seguramente los leones del zoo comen harina de pescado. Seguimos enterrando, pero para engordar uno de los mejores negocios que se conocen, el de pompas fúnebres. Seguimos enterrando para mantener puestos de trabajo.

Tampoco somos exactamente sedentarios. Es cierto que apenas nos movemos, sin embargo, damos saltos colosales a través de los océanos. Volamos de Barcelona a Sidney, cazamos allí nuestra presa, y regresamos a la madriguera entre medianeras. Todo ha durado menos de una semana. A veces no es preciso ni siquiera desplazar el cuerpo; también cazamos lanzando una lengua de iguana a través de circuitos electrónicos que cubren todo el planeta. Cazamos la mosca informática en el otro extremo del mundo, y la engullimos. La caza planetaria ha durado segundos.

Quizás somos de nuevo cazadores, pero a diferencia de los cazadores arcaicos, ya no pertenecemos a ninguna familia animal. Ni siquiera a la familia humana. Precisamente hemos desarrollado una especial habilidad para cazar seres humanos, nuestra presa favorita y de la que hacemos mayor consumo. En las grandes cacerías, matamos a los humanos por millones de piezas. El recuerdo de esos destrozos apenas dura una generación.

La cerámica que hoy necesitamos, por lo tanto, no puede parecerse en nada a la que inventaron aquellos pueblos que miraban constantemente al cielo y leían en las estrellas, a finales del neolítico.

La nuestra es una cerámica que también contiene alimentos, pero son nuestros alimentos, o los que se nos preparan en un futuro cada vez más a la mano. Y son, necesariamente, muy peculiares.

He aquí el sarcástico menú que ha ideado Frederic Amat:

1 - Cincuenta ojos extirpados con cucharilla flotan en su propio jugo, encerrados por un anillo de tinta seca.

2 - La cabeza de Medusa agita sus serpientes sobre un fondo de nieve vieja. Los espasmos de los decapitados se llaman "peristálticos" y van acompañados por una fluxión de humores orgánicos.

3 - Doce frutas se pudren sobre un líquido grisoides. El esfínter muestra ya el cerco de la necrosis.

4 - Las lenguas rojas, hinchadas de sangre, se chupan los jugos unas a otras a través de tubos negros.

5 - Las lenguas lívidas, en cambio, se contemplan en el charco de un pozo fangoso, cuarteado por la sequía.

6 - Sesos todavía mojados, bailan sobre una lechuga exangüe de Chernobyl. Tiritan antes de hacerse virutas.

7 - Las vísceras nadan en su propia sangre; troceadas días atrás, los bordes cortados ya negrean. En su interior late el desove de las moscas azules.

8 - Un puñado de huesos roídos se amontonan en el trébol eclesiástico de San Babón. Es todo lo que queda del Cordero Místico.

9 - Las ranas carbonizadas saltan sobre un asador de arena hirviente.

10 - La chumbera estéril se hincha de aire por los agujeros de inexistentes higos. Pronto va a reventar con silbidos mefíticos.

11 - Almejas y moluscos levantinos atraviesan con sus trompas el espeso charco amarillo buscando algo que respirar, y nada encuentran.

Las cerámicas de Frederic Amat están aureoladas con el atavismo prehistórico que toda gran pieza de cerámica lleva consigo y en el que reposa su autoridad. Siguen siendo tierras cocidas, metales oxidados, esmaltes acharolados. Pero estos platos, que no dudo en calificar de "arqueológicos", sugieren una arqueología invertida y perversa, una arqueología del futuro. Si la cerámica fue inventada para contener y mostrar los alimentos terrestres, las cerámicas de Frederic Amat contienen y muestran los alimentos posterrestres.

'Post terrestrial' food

The oldest known pieces of pottery are container of baked clay with a double utility; as funeral urn served to keep the ashes and bones of the dead; as domestic jar contained the essential food for the living, grain, oil, wine, flour, salt.

Ceramic utensils are the most archaic trace of our sedentary culture. Peoples of hunters and travelling light nomads wore a little sack with the ashes of their dead around the neck or the waist; they did not require further boundaries to the memory. They did no store, they did not bury, they did not keep anything but the bare essentials for such a volatile life.

They moved like the animals they hunted and wanted to look like them too. They considered themselves strange relatives, maybe looking unwell, less powerful but shrewder than those beauty beasts.

The sedentary peoples that succeeded the hunters in the control of the land abandoned the animals to become part of another more abstract family; an immortal cosmic family. The peasants were not longer sons of the bison or of the fallow deer, the mandrill or the cobra, but were sons of the stars, the rivers, the palm trees, the fruit-bearing moon of feminine wombs and the buried seeds like dormant virgins that break the earth in search of light.

The ceramics was born to collect these land fruits, the spike grain, the wine of grape, the oil of the olive, the dates of the palm tree. If the vessel contained and protected the terrestrial food, how could it not collect our ashes?

Clay returns to clay and the body that grew up invigorated by the wine, the grain and the oil, returns to the land that fed it. The dead is kept in the clay urn, like the wine, the grain and the oil, like another seed which the mysterious rebirth of the same can occur in a cosmic spring. For the country ploughman of deep furrows, the dead man was also a terrestrial food.

Six thousand years have passed. No one can swear that no regression has taken place and we are a people of hunters again. Without a doubt, we are not united to the moon and the stars anymore. Now we can fruitful women's bellies with frozen sperm in laboratories.

Terrestrial food grows now impregnated with chemicals and the land is worked by machines. There are grapes in December, cities do not know the night, the seagulls follow the tractors and lions probably eat fishmeal. We still bury to swell one the most popular business, undertaker's. We still bury to maintain job places.

We are not exactly sedentary. It is true that we hardly move, however, we make colossal jumps across the oceans. We fly from Barcelona to Sydney, we hunt our prey there and we came back to the burrow between dividing walls. Everything lasted less than a week time.

Sometimes, even moving the body is not required; we also hunt throwing an iguana tongue through an electronic circuit embracing the whole planet, and we swallow it. The planetary hunting has only lasted a few seconds.

Perhaps we are again hunters, but unlike archaic hunters we do not longer belong to any animal family. Not even to the human family. In fact, we have developed a special skill to hunt human beings, our favourite prey and the object of a great consumption. We kill humans by millions of pieces in big hunts. The memory of these damages barely lasts a generation.

Therefore, the ceramics we need today may not look at all to that ceramics invented by those people who were constantly observing the sky and reading in the stars at the end of the Neolithic.

Our ceramics also contains food, but it is our food, or that food prepared in a future more and more at hand or within easy reach. And it is necessarily very peculiar.

Here you have the sarcastic menu devised by Frederic Amat:

- 1- Fifty eyes removed with a teaspoon floating in their own juice, surrounded by a ring of dry ink
- 2- The head of a Medusa shakes its snakes on a background of old snow. The spasms of the beheaded are called 'peristalsis' and they are accompanied by a fluxon of organic humors.
- 3- Twelve fruits rot on a grayish liquid. The sphincter already shows the rim of necrosis.
- 4- Red blood-swollen tongues suck the juices each other through black tubes.
- 5- On the other hand, livid tongues gaze at a puddle of a muddy well chapped by the drought.
- 6- Still wet brains dance on an exhausted lettuce from Chernobyl. They shiver before turning into shavings.
- 7- Guts swim in their own blood; chopped some days ago, the cut edges were already turning black. The egg-laying of the blue bottle fly beats in their inside.
- 8- A handful of gnawed bones are stacked at the ecclesiastical clover of Saint Bavo. That is all that remains of the Mystic Lamb.
- 9- The charred frogs jump on spit of boiling sand.
- 10- The prickly pear swells up with air through the holes of non-existent figs. Soon they are going to burst with mephitic whistles.
- 11- Eastern mollusks and clams go through the thick yellow puddle with their proboscis in search of air to breathe, but they found nothing.

Amat's ceramics are adorned like aureoles with the prehistoric atavism that every important piece of pottery carries with it and where its authority resides. They are still baked clay, rusty metals, high-gloss enamels. But these plates, that I do not hesitate to describe as 'archaeological' suggest an inverted and perverse archaeology, and archaeology of the future. While ceramics was invented with the purpose of containing and showing the terrestrial food, the Frederic Amat's ceramics show and contain 'post-terrestrial' food.